

LA VELADA DEL DOCTOR

—Siéntate y óyeme, Sofía. Hoy hace seis años que nos conocimos.

—Cuando te dije en la mesa que no íbamos al teatro se te saltó una lágrima.

—¡Oh, no creas!....

—Esa lágrima me ha emocionado profundamente, me trajo a la....

—Pero, no te figures....

—....me trajo a la imaginación una escena de los brillantes días del pasado. Permíteme que continúe. No te impacientes, luego hablarás tú. Déjame decirte lo que pienso. Si te escucho, el encanto de tu voz me distrae y mis ideas se desparraman, se desordenan y concluyo por olvidar lo que mayor empeño tenía en decirte.

—Te escucho. Habla.

—Pues, como te decía, al ver en tus ojos esa lágrima que hacía brotar una resolución mía, un recuerdo de días que pasaron, acudió a mi mente. Me acordaba de aquel Secretario de la Embajada francesa, tu admirador entusiasta, que al ver desbaratadas por tu respuesta sus aspiraciones a obtener tu mano, se separó de ti diciéndote con emoción vivísima: "Que vous n'aimiez jamais". Que no ame usted nunca. Ese fué su voto; que no amases, para que no sufrieras. Tú me lo referiste cuando tu cariño por mí

te hizo ver una decepción en lo que era para mí el cumplimiento de un deber. Debía dejarte para ir a Lyon a estudiar el cólera.

Era un viaje voluntario me decías y por un capricho Quijotesco te dejaba. Aquello pasó, pero la frase del Secretario de Embajada en la desolación que te producía la idea de separarnos continuó por mucho tiempo preocupándome.

No tuve necesidad de salir de España. Vino el cólera, y cuando preparaba los cultivos de las bacterias en el laboratorio, para estudiar con Ferrán su descubrimiento de la vacunación contra la terrible epidemia, cruzaban por mi imaginación millares de veces aquella frase y pensaba: ¿Será mejor no amar en la vida? ¿Tendría razón el Secretario de Embajada? Y veía al diplomático con el clak debajo del brazo repetirte aquel voto por tu felicidad con que devolvía tu negativa, a contribuir a la suya, aceptando su nombre y su posición. Lo veía cuando miraba en el campo del microscopio, los millares de bacterias cruzar nadando en confuso tropel; lo veía, cuando pasaba la vista por las caras asustadas de los que venían a buscar la armadura interna que los protegiese contra el invisible temido enemigo; lo veía, cuando escribía en la blanca hoja de papel una serie de nombres que habían de proporcionar datos estadísticos, para poder apreciar la utilidad del invento de nuestro compatriota; lo veía, cuando rendido por la fatiga cerraba los ojos sobre la almohada, buscando un poco de descanso a las tareas de aquellos fatigosos días; oía sus frases, entre los quejidos de los enfermos, entre las exclamaciones de temor y esperanza de los que nos presentaban el desnudo brazo donde había de introducirse el instrumento de Pravast, que descansa en aquel estuche, lo oía, entre los elocuentes períodos de Gimeno, cuando desde la Cátedra del Ateneo ensalzaba al Pasteur español; lo oía, entre los ruidos con-

fusos de la callada noche y me repetía, eso no es cierto.

Amar, es vivir. Amor, puede ser sufrimiento, pero sufrimiento hondo y puro, como las verdaderas alegrías son hondas y puras también.

Que no amase nunca le dijo el diplomático; me repetía en mis horas de meditación que no amase, porque sufriría. Por la misma razón pudo desearle que no viese o que no oyera. Cuantos dolores entrando por la pupila o por el conducto auditivo hieren el alma al mismo tiempo que la retina y el tímpano! Y pensar así sería un motivo para arrancarme los ojos que me habían servido para ver una lágrima en los tuyos, para tapiar mis oídos que habían escuchado las vibraciones de tu pena. Hubiera querido perder la facultad de hablar que permitió a mis labios modular la primera frase que te dirigí. Pero luego pensaba qué error!, qué aberración! "Que no ames nunca". "Que no veas". "Que no oigas". "Que no sientas". En fin "que no vivas". "Que goces de la paz de los muertos". ¡Horrible deseo! Y con mayor entusiasmo reanudaba mi trabajo a la mañana siguiente, pensando que en el fondo de mis ojos se había reflejado tu imagen, la facultad de transmitir ideas y sentimientos que me habían proporcionado momentos de dicha, al referirle las dulces emociones del corazón tuyo que late en mi tórax.

El doctor hizo aquí una ligera pausa; su cabeza se destacaba sobre el fondo oscuro de la biblioteca, iluminada más que por la luz de la lámpara por el fuego de la chimenea, cuyos leños miraba con aire indiferente.

Sofía examinaba en silencio aquella frente despejada y hermosa, en que los mechones de prematuras canas contrastaban con la intensa negrura del cabello; le miraba en silencio con sus ojos húmedos por la emoción.

El doctor prosiguió: Cuando esta tarde volví de la

visita, traía como te dije, la impresión tremenda de esa desgraciada criatura a quien el cáncer mata sin remedio. Estaba preocupado y triste. Por eso, al volver después de haber visto de nuevo la desolación de aquel hogar, desolación tanto más horrible, cuanto hemos tenido que decirle al hombre que la ama, que no hay para ella remedio; al sentirme abatido y desalentado, he entrado aquí en la biblioteca, en vez de ir a tu cuarto. Me llamaban mis viejos amigos, estos libros que han sido mis Maestros, para pedirles una frase de consuelo con que reanimar mi espíritu y el tuyo. Porque tenía delante la lágrima que te arrancó tu cariño por mí, cuanto al intentar distraerme proponiéndome que fuéramos al teatro, te contesté, negándome a ello; entonces me acordé de la frase del diplomático, de su deseo de que no amases para que no sufrieras y pensando que el valor no consiste en la ciega energía para hacer daño, sino en la energía luminosa para hacer el bien, me he dicho: Ese consejo es un consejo por cobarde despreciable, y me he preguntado: ¿El dolor es un mal? Y he entrado aquí en busca de la respuesta: la hallaba en el momento que entornabas la puerta y viéndome preocupado me preguntabas con tu voz angelical: ¿Se puede pasar? Y te he respondido que sí con tanta viveza; por eso te he dicho que te acercaras bien a mí, para que juntos leyéramos la respuesta a mi pregunta.

Schiler, el gran poeta alemán, ha escrito dos versos que dicen traducidos:

“El que no ha amasado su pan con lágrimas, el que no ha invocado tu nombre, Dios mío, en las largas horas de insomnio, no puede comprender tu infinita majestad.

Ahora, sigue conmigo en este libro de un filósofo español:

“Es el dolor, el más alto don del cielo; él levanta al hombre sobre el mundo, depura su vida, fortifica su alma, ennoblece su pensamiento, da valor a sus ale-

grías; èl, todo imperfección como el trabajo, engrandece y perfecciona; él, todo desarmonía como el mal armoniza y ordena; él, todo sombras como la noche, alumbraba con una iluminación interior la esencia de nuestro ser y santificado por Dios mismo liga al género humano con el vínculo de la limitación y de la muerte". (GINER DE LOS RIOS).

"Sé valiente, pues, compañera mía y bendigamos a Dios que permite el mal para nuestro bien".

—¿Has terminado?— preguntó Sofia. Y como el doctor le respondiera con un movimiento afirmativo, continuó: Perdóname que haya temblado al verte sufrir, soy mujer al fin y como mujer un poco cobarde; permíteme que al tiempo que bendigamos el dolor, ese gran maestro que ha formado tu alma generosa, bendiga a Dios que creó también el amor y que te creó a ti, mi adorado compañero.

Y levantándose por la emoción, dejó con una lágrima un beso en la frente del doctor, cuya cabeza pensadora se destacaba sobre el fondo oscuro de la biblioteca.